

El hombre que fue Drácula

Paulo Roberto Coria Monter

Toda obra de arte es autobiográfica, y la novela Drácula escrita por Bram Stoker no es la excepción: su pasión por el teatro y la cultura de su país natal; su sed de amor y su difícil relación marital; su defensa de la escritura enfrentada a la tiranía y el desprecio de su patrón Sir Henry Irving —su vampiro de la vida real— aparecen en esta obra que es, al mismo tiempo, un homenaje al teatro y al actor, pero sobre todo a la aventura intelectual de un hombre que supo defender su insobornable vocación literaria a pesar de todos los obstáculos. En el penetrante y sensible texto de Paulo Roberto Coria podemos observar la evolución del personaje, su lucha con fantasmas reales e imaginarios, y la aparición, apasionada y poética, macabra y majestuosa, del vampiro que Stoker supo convertir en arquetipo del ser obsesionado con la existencia eterna.

La acción tiene lugar en la ciudad de Londres, de diciembre de 1878 a mayo de 1897.

ACTO PRIMERO

ESCENA 1. LA LLEGADA AL LYCEUM

Se abre el telón.

Obertura. Es la noche del 10 de diciembre de 1878. Escenario del Teatro Lyceum. Una enorme sombra se proyecta en la pared, similar a la de un vampiro. Es Henry Irving,

hombre de cuarenta años, delgado y de estatura pequeña. Viste pantalón negro y camisa blanca. Lleva una capa roja y blande una espada medieval en la mano izquierda. Su mirada es maliciosa y cínica; su postura, encorvada; su caminar y respiración, irregulares. Se ubica en la parte central del escenario y recita la escena inicial del primer acto de Ricardo III, de William Shakespeare.

IRVING: He aquí el invierno de nuestros infortunios
Vuelto glorioso estío por este sol de York;
Y todas las nubes que amagaban nuestra casa
Sepultadas en lo profundo del océano.

Ciñen hoy nuestras frentes guirnaldas victoriosas;
 Cual trofeos penden nuestras melladas armas;
 Truécanse en jolgorios nuestras rudas alertas,
 Y en ritmos placenteros las siniestras marchas.
 El torvo guerrero suaviza sus arrugas;
 Y ahora, en vez de montar los bardados corceles
 para asustar el ánimo de horrendos adversarios,
 Cabriolea ágil en la alcoba de una dama
 Al compás del lascivo deleite del laúd.
 Mas yo, que no nací para estas travesuras,
 Ni estoy hecho a cortejar un amoroso espejo;
 Yo, cuya grosera estampa no conoce
 La majestad con que el amor se pavonea
 Ante una ninfa libertina y desenvuelta;
 Yo, que estoy privado de las bellas proporciones
 Y traicionado en mis rasgos por falaz naturaleza,
 Deforme, inconcluso y enviado antes de tiempo
 A este mundo viviente, a medio hacer apenas,
 Y además tan cojo y falto de garbo
 Que los perros me ladran cuando me detengo;
 Pues yo, en este débil tiempo de paz y lloriqueos,
 No hallo otro gusto para matar el tiempo,
 Que espiar mi sombra dibujada al sol
 Mientras sobre mi deformidad voy discurriendo;
 Y puesto que no puedo probarme como amante,

Para entretener estos bellos y graciosos días,
 He determinado probarme cual villano
 Y odiar los frívolos placeres de éstos días...

Irving se interrumpe al notar la presencia de alguien que, durante su monólogo, se ha instalado sigilosamente en la primera fila. Se alegra al identificarlo. El hombre aplaude emocionado por el desempeño del actor. Es Bram Stoker, un pelirrojo corpulento en el inicio de sus treintas, con bigote y barba bien recortados. Viste un traje negro de tres piezas y sombrero, lleva un maletín en la mano izquierda.

IRVING: ¡Bram! ¡Llegaste!

STOKER: (*Emocionado*). Nunca deja de sorprenderme, señor. No cabe duda de que usted será el mejor *Ricardo III* que se verá en años.

IRVING: (*Hace una reverencia e invita a Stoker a subir al escenario con un ademán*). Bienvenido a mi casa. Ven, sube al escenario. (*Pausa larga*)... Y deja en él un poco de la felicidad que traes contigo.

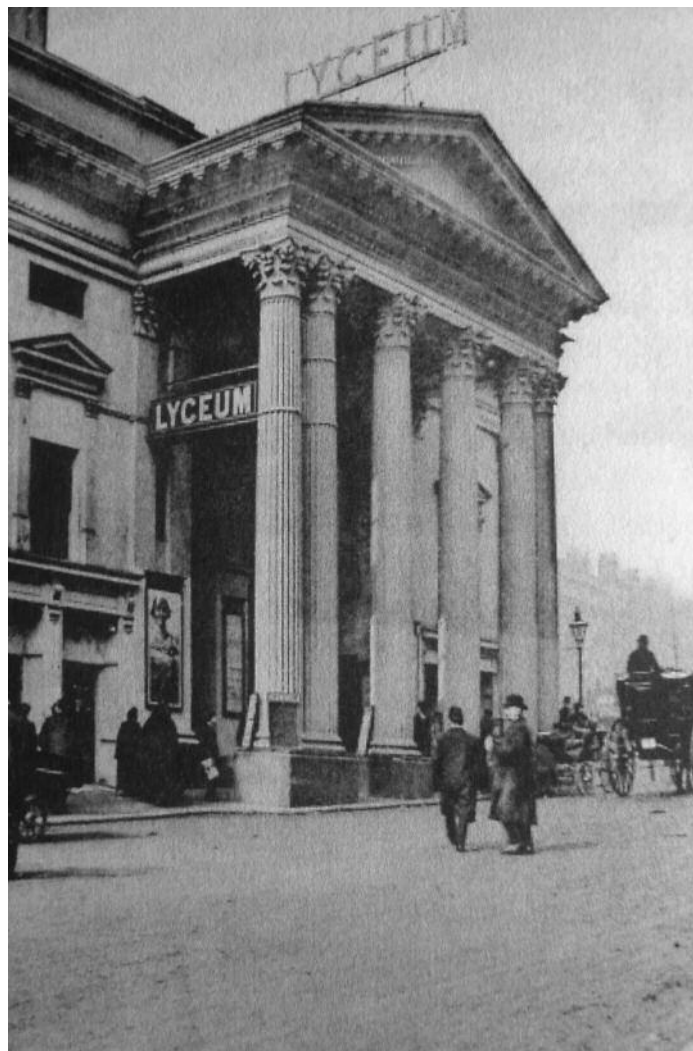
STOKER: (*Sube y admira el foro, deja en el suelo su maletín*). Es un privilegio, señor.

IRVING: (*Saluda a Bram, quien reacciona sorprendentemente ante la fuerza del apretón de manos*). ¿Qué tal el viaje?

STOKER: (*Sonríe*). Apresurado, pero bien.



La actriz Ellen Terry



Fachada del Teatro Lyceum, Londres



La sombra del vampiro, Henri Irving detrás de Bram Stoker

IRVING: Cumpliste tu promesa, tal como te lo solicité en mi carta.

STOKER: Por supuesto, señor. Tuve que resolver muchos asuntos pendientes antes de dejar Irlanda, pero lo hice. Diez días antes de lo planeado y libre de compromisos, totalmente a sus órdenes. *(Hace una ligera reverencia. Debido al gesto se le cae el retrato de Florence Balcombe, su esposa)*. Perdón.

Irving lo recoge, ansiosamente, adelantándose a Stoker.

IRVING: *(Mira intensamente el retrato)*. Si no me equivoco ésta es Florence, tu adorable esposa *(lo entrega, con lentitud, a su dueño)*.

STOKER: Así es, señor.

IRVING: Creo que nunca lo comenté; mi esposa también se llama Florence.

STOKER: Pero qué coincidencia. ¿Cuánto tiempo llevan casados?

IRVING: Eso no tiene importancia ahora. Dime, ¿cómo está tu Florence?

STOKER: *(Suspira y medita un instante antes de responder)*. Muy contenta, señor.

IRVING: Lamento haber interrumpido su luna de miel, pero era imprescindible que estuvieras aquí antes del estreno.

STOKER: No se preocupe, señor. Ella siempre quiso vivir en Londres. Es una mujer joven. Le gusta la gente... las fiestas... el ruido.

IRVING: El ruido. *(Su tono se vuelve misterioso, histriónico)*. ¿Acaso no es mejor el silencio, Bram? En él se afilan los pensamientos más profundos. El silencio es como la noche. El ruido es para el día. Y nosotros, que nacimos para adorar a nuestro Señor el Teatro, somos hijos de la noche. *(Se escucha un ruido en el teatro y ambos se ponen tensos)*. Escucha *(Pausa larga)*. ¿Escuchas? *(Pausa)*. Hay lugares de este teatro que es

peligroso explorar. Ya los irás conociendo. *(Ante el desconcierto de Stoker, vuelve súbitamente a su diálogo)*. ¿Es cómodo su alojamiento?

STOKER: *(Desconcertado al principio)*. Por supuesto, señor. Fue muy generoso al encargarse personalmente de todo. La vivienda es muy amplia y está tan cerca del teatro que puedo llegar a pie.

IRVING: Debes saber que Southampton es una de las calles más exclusivas de la ciudad.

STOKER: Es evidente, señor. Y lo primero que le gustó a mi esposa. Le agradezco nuevamente sus atenciones. Apenas la dejé instalada, decidí presentarme ante usted.

IRVING: ¿Y qué opinas de nuestra bella ciudad?

STOKER: Es mil veces superior a todas las descripciones que he leído. El Big Ben, con sus notas profundas y solemnes. Los brillantes escaparates de las tiendas y los restaurantes... Dickens se quedó corto. Gracias a los libros creí conocer la ciudad. Pero vivirla, caminar entre la muchedumbre de sus calles, en el vértigo y la prisa, ser parte de ella es... increíble. Y la niebla... es como un ser vivo... que nos envuelve... nos acaricia... y a veces pareciera querernos sofocar.

IRVING: *(Ríe)*. No es fácil amar a Londres. Sin embargo, como dijo un sabio: "cuando alguien se cansa de Londres es que está cansado de la vida".

STOKER: Tiene razón, señor. Nunca creí tener la voluntad suficiente para abandonar mi tierra natal. Pero heme aquí, un irlandés, forastero en tierra ajena, en la reina de las ciudades, en la capital de la civilización.

IRVING: Me alegra tu candor, querido Bram. Porque no todo es luminoso en la ciudad, como el propio Dickens nos enseñó. Ya me encargaré de mostrarte su parte oscura. *(Otra vez se escuchan ruidos)*.

STOKER: *(Reacciona ante los ruidos y trata de conservar la postura)*. De lo que no tengo la menor duda es que el Teatro Lyceum es una de sus joyas más preciadas.

IRVING: Completamente de acuerdo, Bram. *(Extiende los brazos y contempla el edificio)*. El Teatro Lyceum. Es verdaderamente espléndido, ¿no lo crees? Antes de la Revolución francesa, fue una sala de conciertos, exposiciones y otros entretenimientos vulgares. ¿Puedes creer que alguna vez fue sede del Museo de Cera de Madame Tussaud? Pero el fuego se encargó de purificarlo. De sus cenizas se levantó este magnífico edificio, de mil quinientas butacas. Ningún otro teatro se le compara, ni el Adelphi, ni el Teatro Real, ni la Casa de la Ópera... *(Pausa. Sardónico)*. Que, por cierto, no alojan sino espectáculos baratos, prescindibles. Ésta *(señala el teatro)* es, como bien dices, la joya de la corona, el orgullo del Imperio.

STOKER: Y ahora usted es su administrador.

IRVING: *(Indignado, hace un gesto con la espada, ante el cual Bram retrocede)*. Más que eso. Aquí soy Dios.

Porque un dios tiene la capacidad de crear e influir en la vida de los demás. Ésa es la misión del actor. Por eso merecemos un recinto de estas dimensiones, un santuario que honre nuestro arte. Los actores tenemos derecho a sentirnos orgullosos porque en nuestras venas fluye la sangre de muchas otras generaciones que lucharon como leones para demostrar su talento. Éste es el anillo que el gran David Garrick usó hasta el día de su muerte. Ésta, la espada que Edmund Kean blandió en *Ricardo III*. Son el espíritu del teatro y viven en mí. Es mi deber continuar con su herencia. (*Pausa*). Muchos piensan que nuestra profesión es superficial e insignificante, pero les demostraremos que un actor es tan necesario, importante y digno como un médico o un abogado. Y por eso, Bram, necesito a un hombre de tu sensibilidad y tus virtudes.

STOKER: (*Avergonzado*). Espero no desilusionarlo, señor. Lo que sí puedo asegurarle es que nunca he faltado a mi palabra.

IRVING: Tenemos mucho trabajo por delante. Para abrir otra vez las puertas del Lyceum vamos a ofrecer la mejor temporada que se ha visto en décadas. Y créeme, soy un perfeccionista. A mi lado vas a conocer el infierno.

STOKER: (*Dispuesto*). No temo al trabajo duro, señor.

IRVING: Serás mi brazo derecho, amigo Bram. Desafortunadamente no puedo ocuparme de todo. Te encargarás de hacerme la vida más fácil. A partir de mañana serás mi secretario particular y gerente del teatro. Te haré una lista detallada de tus obligaciones. Ya habíamos hablado de tus honorarios. Veinte libras semanales, según recuerdo.

STOKER: Habíamos convenido dieciocho, señor.

IRVING: ¿Dieciocho? Vaya memoria la mía. Que sean veintidós. Ni un penique más, ni un penique menos...

STOKER: Gracias, señor.

IRVING: ...La ayuda verdadera nunca es suficientemente remunerada. (*Se escucha a lo lejos el Big Ben. Son las diez de la noche. Saca su reloj y ve la hora*). Pero se hace tarde y tu viaje fue largo. Mañana te presentaré a Ellen y al resto de la compañía. Te va a encantar. ¿Has comido algo?

STOKER: No, señor.

IRVING: Pues en ese caso, salgamos. (*Se despoja de la capa, deja la espada en un extremo y se viste con chaleco, saco, corbata y sombrero de copa*). Debes estar hambriento. Yo invito.

STOKER: (*Emocionado*). ¿Usted cenará conmigo?

IRVING: (*Se aproxima a Bram*). Perdóname, pero... ya cené.

STOKER: En ese caso, señor, no es necesario que se moleste, yo...

IRVING: Ni una palabra más. (*Grita hacia un extremo del escenario*). ¡Collinson, mi carruaje! (*De nuevo a*

Bram). Voy a llevarte a mi *pub* favorito, el Hereford Arms. Sirven el mejor *roast beef* de la ciudad. Si lo acompañas con cerveza irlandesa, te sentirás en tu tierra.

STOKER: Más que encantado, señor.

IRVING: (*Se disponen a salir*). Y deja de decirme *señor*. Es demasiado marcial.

STOKER: Sí, señor... Perdón, es que no sé de qué otra manera llamarlo.

IRVING: Los tramoyistas y el resto del personal me dicen "Jefe" o "Gobernador".

STOKER: ¿"Mi Capitán" está bien?

IRVING: "Mi Capitán". Muy marítimo, pero puede funcionar.

STOKER: "Capitán, oh mi Capitán: levántate aguerrido y escucha cual te llaman tropes de campanas". Walt Whitman.

IRVING: Claro.

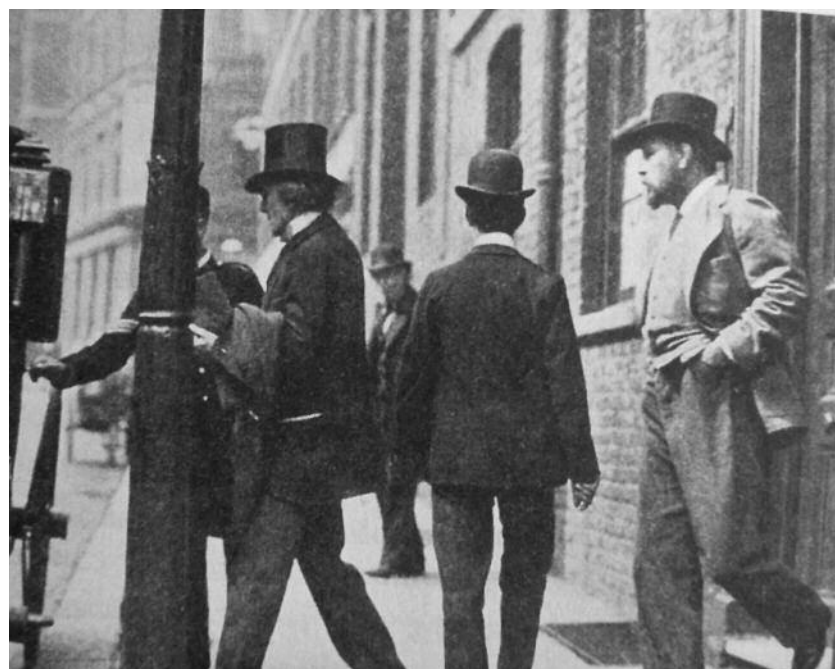
STOKER: Siempre me ha gustado el mar. En mi viaje a Londres, lo vi como si nunca lo hubiese conocido... como si cada ola me hablara en un lenguaje divino para que yo lo transcribiera...

IRVING: (*Hace un gesto despectivo que Bram no nota*). ¿Así que además de ser un estupendo crítico teatral, eres poeta?

STOKER: Admiro a Whitman, y bueno... sí... quiero ser escritor.

IRVING: ¿Escritor? (*Desconcertado y con un principio de impaciencia*). Bueno, para eso ya habrá tiempo. Por ahora, tenemos una gran misión por delante. Estamos a punto de conquistar esta ciudad, y esto es sólo el preludio.

Rien. Bram toma su maletín, se apresura a colocarse el sombrero y salen del escenario. Oscuro.



Henry Irving y Bram Stoker a la salida del Teatro Lyceum

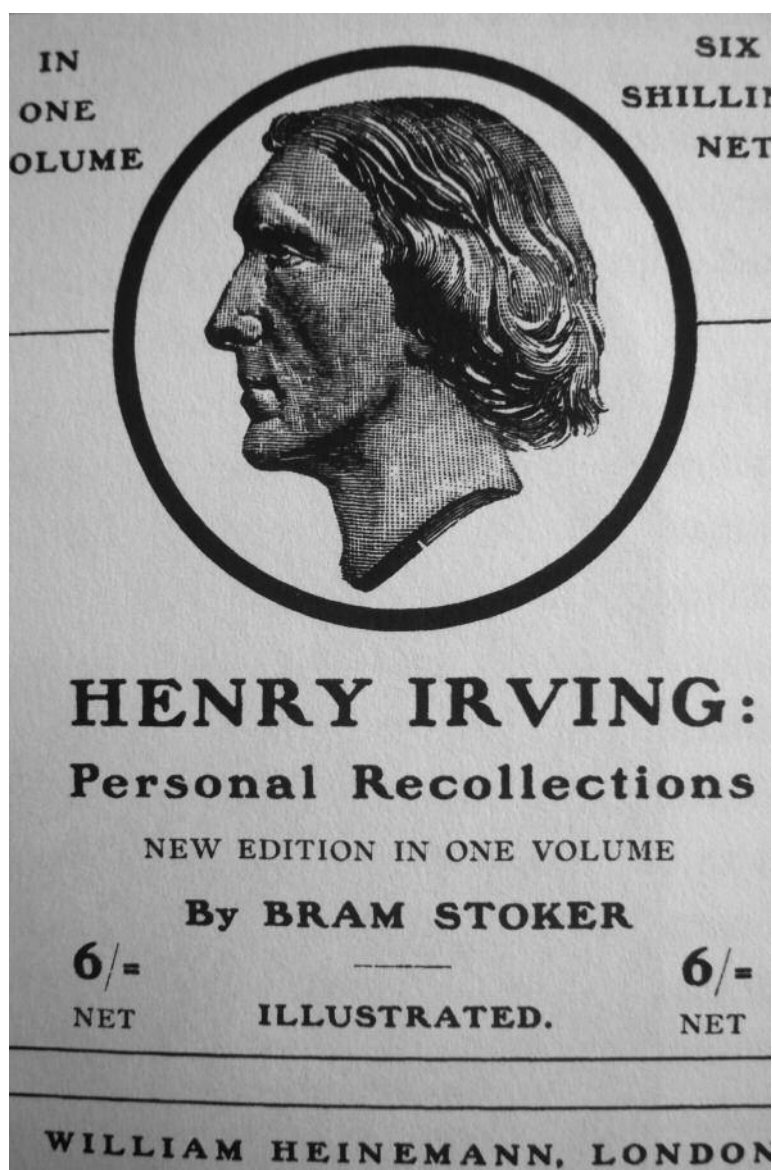
ESCENA 2. EL GERENTE Y LA ACTRIZ

El Teatro Lyceum. Es la mañana. El lugar está vacío. Aparece en escena, como un fantasma, una mujer vestida de negro. Es Ellen Terry. Recita unas líneas de Ricardo III.

ELLEN: (*Como la Reina Margarita*). ¡De lo más recóndito de tus entrañas salió el infernal sabueso que nos ha perseguido de muerte a todos! ¡Ese perro, que tuvo dientes antes que ojos para despedazar a indefensos corderos y beber su generosa sangre! ¡Ese odioso destructor de la obra de Dios!

La mujer de negro se interrumpe al entrar Stoker y se oculta.

STOKER: Hola... (*Nadie responde*). Buenos días... ¿Hay alguien aquí?... (*Desconcertado*) ¿Dónde están todos?... Soy el nuevo gerente... (*Medita un instante y consulta su reloj*). Claro que no hay nadie, la entrada es hasta dentro de media hora. Eres extremadamente puntual, Bram. (*Guarda su reloj*). Exageradamente puntual...



Entra a la oficina que Irving le ha asignado. Coloca su abrigo y sombrero en un perchero. Pone su maletín en una silla mientras observa el lugar con asombro.

BRAM: (*Suspira*). El primer día. Apenas pude dormir. Ni en mi primera cita con Florence estuve tan nervioso... A partir de ahora, ésta será mi morada. (*Sonríe*). El Teatro Lyceum. Muchas personas transitan por la vida y sueñan con lo que nunca se consuma. Ojalá estuvieras aquí para ver esto, padre. Ahora formo parte de la magia. Estoy en las entrañas del monstruo, en el estómago de la gran ballena. (*Ríe*). Con cada una de mis acciones rendiré tributo a tu memoria. A través de mí cumplirás anhelos. Seré el más ejemplar de los administradores.

Ceremoniosamente, Stoker extrae de su maletín una pequeña caja delicadamente envuelta y la coloca frente a sí. De ella toma un panecillo y lo observa con satisfacción. Sobre su escritorio encuentra, junto con una pila de documentos, un sobre. Es una carta dirigida a él. La lee mientras come.

IRVING: (*En off*). “Querido Bram: Bienvenido de nuevo a mi casa, que a partir de hoy es la tuya. Cuando leas estas líneas, ya habrás descansado y te habrás repuesto del viaje. Espero que encuentres cómoda tu oficina. Casi no me verás por las mañanas pues soy torpe bajo la luz del sol. Tu primera labor será responder las cartas que he recibido de mis admiradores esta semana. Deseo que disfrutes tu estancia en nuestro bello recinto. Con mis mejores deseos, Irving”.

Bram termina su panecillo, se limpia las manos, hace un ademán militar, guarda la carta en su maletín y se concentra de inmediato en su tarea. Unos instantes después aparece Ellen Terry, elegantemente vestida de negro. Es una mujer bella y de aspecto delicado, en el inicio de sus treintas.

ELLEN: (*Desde el umbral, escudriña con la vista la oficina*). ¿No anda por aquí La Bestia?

STOKER: ¿Quién?

ELLEN: La Bestia. Olvídalo, no importa por ahora. Así que tú eres la nueva adquisición de Henry. ¿Por qué llegaste tan temprano? ¿Acaso no te quieren en tu casa?

STOKER: ¿Perdón?

ELLEN: (*Se aproxima*). Debo confesar que eres diferente a sus víctimas anteriores.

STOKER: Disculpe, madame. ¿Usted es...?

ELLEN: (*Le extiende cordialmente la mano*). Ellen Terry.

STOKER: ¡Por Dios! (*Se pone de pie al instante y besa torpemente su mano*). Señora, es un verdadero honor. Soy Bram Stoker, a sus pies. He escuchado y leído tanto sobre usted...

ELLEN: Espero que sólo hayan sido cosas buenas.

STOKER: No podría ser de otra manera. Los críticos y el público adoran a la gran Ellen Terry, Reina de los Escenarios Británicos. Precisamente en mi viaje leí una reseña de su más reciente actuación, “la mejor *Ofelia* que ha conocido el teatro del Imperio”. Y perdóname el atrevimiento, pero los grabados de los periódicos no hacen justicia a su belleza... digo, a su persona. Por favor... (*Le ofrece una silla*).

ELLEN: (*Sonríe y toma asiento*). Adulador. ¿Ese encanto irlandés funciona con todas?

STOKER: (*Apenado*). No sé a qué se refiere.

ELLEN: Además mentiroso. Sólo quería conocerte y darte la bienvenida al Castillo Irving antes de que llegue el resto de sus súbditos. Tengo ensayo con la compañía en un rato más.

STOKER: ¿Ensayo? (*Revisa apresurado su agenda*). En efecto. Está programado para las diez. Le suplico que termine antes de la una de la tarde. Tiene prueba de vestuario a la una y cuarto.

ELLEN: Veo que eres tan eficiente como Henry asegura.

STOKER: Sólo quiero hacer bien mi trabajo. Es muy importante para mí.

ELLEN: Tengo entendido que Henry te conoció en Dublín hace un par de años.

STOKER: De hecho tuve por primera vez el privilegio de verlo actuar en el 67, cuando hacía una gira por Irlanda. ¡Cómo vuela el tiempo!... Yo tenía apenas veinte años. Aún era estudiante en el Trinity College, pero lo recuerdo como si fuera ayer. El señor Irving interpretaba al Capitán Absolute en *Los rivales*.

ELLEN: Conozco la obra. Es de Sheridan, ¿no?, aunque eso fue mucho antes de que iniciara mi... relación con él.

STOKER: Debió verlo en escena. Gracioso, imponente. Irradiaba una energía impresionante. Nunca había visto una habilidad similar con la espada.

ELLEN: Parece amor a primera vista.

STOKER: (*Se ruboriza*). No lo malinterprete, madame. (*Ellen ríe*). Lo que quiero decir es que el talento del señor Irving resumía la magia del teatro. Creo que en ese momento se consolidó el amor por las artes escénicas que inicié a través de los relatos de mi padre... (*Pausa*). Perdóname por cambiar de tema...

ELLEN: No te apenes, continúa. ¿Tu padre es dramaturgo?

STOKER: No. Él murió hace dos años. Trabajó casi toda su vida para el Parlamento de Dublín, pero era un enamorado del arte dramático. A veces pienso que pasaba más tiempo en el Teatro Real que con nosotros en casa.

ELLEN: ¿Y tú lo acompañabas?

STOKER: La verdad, nunca pisé un teatro en mi infancia... (*el tono de su voz se torna triste*) aunque era mi mayor sueño.

ELLEN: (*Sonríe*). Cuidado con los sueños, pues tarde o temprano se cumplen.

STOKER: Tiene razón.

Se escucha repentinamente el ladrido de un perro. Bram se sorprende. Ellen sonríe.

ELLEN: (*Voltea hacia la entrada*). ¡Ahí está!

STOKER: (*Se levanta ligeramente del asiento*). ¿Quién?

ELLEN: La Bestia. Todo castillo tiene una.

Entra a la oficina un perro Fox Terrier, y va directamente a los brazos de Ellen. Es Fussie, la mascota de Irving.

ELLEN: (*Al perro*). ¿Dónde estabas, Fussie? Tu dueño se pondrá furioso si te metiste de nuevo a la bodega.

STOKER: (*Desconcertado*). ¿De quién es ese... perro?

ELLEN: De Henry, por supuesto. Te presento a Fussie.

STOKER: (*Sorprendido*). ¿El señor Irving tiene una mascota? ¿Aquí en el teatro?

ELLEN: Así es. Y más te vale que lo trates bien. (*A Fussie*). ¿Verdad, pequeño? (*De nuevo a Bram*). A veces he llegado a pensar que él es quien verdaderamente manda en el Lyceum. Fussie es su único vínculo con la humanidad.

TRAMOYISTA: (*En off*). ¡Señora Terry, estamos listos!

ELLEN: La voz del trabajo.

STOKER: La veré después, señora.

ELLEN: Fue un placer charlar contigo. Ya podremos reanudar esta conversación en otro momento.

STOKER: Estaré encantado.

ELLEN: (*A Fussie*). Despídete de este caballero, Fussie.

STOKER: (*Sonríe*). Adiós, amigo.

Ellen se pone de pie, con Fussie en brazos. Al hacerlo deja caer accidentalmente su pañuelo. Bram lo recoge inmediatamente. Sus rostros están muy cercanos. Se miran a los ojos.

ELLEN: (*Recupera la serenidad*). Y te deseo suerte con tu (*señala las cartas*) “prueba de iniciación”. Henry piensa que una carta cuya lectura demora más de dos minutos, no sirve. Recuérdalo. (*Sale*).

STOKER: (*Se pone de pie*). ¿Qué? Ah, claro. Lo tomaré en cuenta. Se lo agradezco. (*La observa alejarse, embelesado*). Fue un honor conocerla.

Ellen sale. u

El hombre que fue Drácula fue representada entre el 23 de agosto y el 14 de octubre de 2007 en la Sala Juan Ruiz de Alarcón de la UNAM, con edición literaria de Vicente Quirarte, y versión escénica y dirección de Eduardo Ruiz Savión. Este año, centenario de la muerte de Bram Stoker se encuentra en circulación el texto de la obra, en la editorial Libros de Godot.

Las ilustraciones que acompañan tanto el texto de Vicente Quirarte como el de Paulo Roberto Coria pertenecen al libro *Bram Stoker. A Biography of the Author of Dracula* de Barbara Belford, New York, Alfred A. Knopf, 1996.